

# Juan Jiménez Vargas (1913-1997)

FRANCISCO PONZ\*  
ONÉSIMO DÍAZ

**Abstract:** *Apunte biográfico de uno de los primeros fieles del Opus Dei. Estudiante de Medicina, conoció al fundador en el curso académico 1932-1933. Fue un firme apoyo para san Josemaría, en particular durante los años de persecución religiosa en España. Su vocación universitaria le llevó a la cátedra de Fisiología, primero en la Universidad de Barcelona y luego en la de Navarra, en la que fue primer decano de Medicina. Fundó la primera revista española de Fisiología.*

**Keywords:** *Juan Jiménez Vargas – Opus Dei - Josemaría Escrivá de Balaguer – Fisiología – DYA – Madrid – Universidad de Barcelona – Universidad de Navarra – 1913-1997*

**Juan Jiménez Vargas (1913-1997):** *Biographical outline of one of the first members of Opus Dei. He was a medical student when he met the Founder for the first time, during the 1932-1933 academic year. He was a firm support for St Josemaría, especially during the years of religious persecution in Spain. His academic vocation led him to the chair of Physiology, firstly in the University of Barcelona and then in the University of Navarre, where he was the first dean of the Faculty of Medicine. He founded the first Spanish Magazine of Physiology.*

**Keywords:** *Juan Jiménez Vargas – Opus Dei - Josemaría Escrivá – Physiology – DYA – Madrid – University of Barcelona – University of Navarre – 1913-1997*

\* Este autor conoció a Juan Jimenez Vargas en febrero de 1940 y mantuvo una estrecha relación hasta 1942. Posteriormente, entre 1944 y 1955, la retomaron siendo ambos profesores de Fisiología en la Universidad de Barcelona. Relación profesional que se mantuvo entre 1966 y 1997 siendo ambos profesores de la Universidad de Navarra. Este trato profundo y la admiración personal afloran especialmente en el último epígrafe, *Semblanza, a modo de epílogo*.

Juan Jiménez Vargas nació en Madrid el 24 de abril de 1913. Sus padres, Dionisio Jiménez y Gabriela Vargas<sup>1</sup>, de clase media, le educaron en la fe y en la vida cristiana. Gustaba callejear por su barrio, San Bernardo, y conocía muy bien el Madrid castizo. De carácter independiente, celoso de su libertad; aunque agradecía la atención y afecto de sus padres, no le agradaba que le atosigaran con excesivos consejos, ni que le pidieran explicaciones innecesarias de lo que hacía. Frecuentaba los sacramentos y tenía vida de piedad, rechazando lo que él llamaba *pietismo* –una piedad dulzona o de fórmulas- y el ser tenido por *un buen chico*. Cursó el Bachillerato con buenas calificaciones en el Instituto San Isidro, centro de gran solera y próximo al domicilio paterno<sup>2</sup>.

Al terminar los estudios secundarios, inició, en el curso académico 1929-30, la carrera de Medicina. La Facultad estaba entonces en la calle de Atocha, en el caserón de San Carlos, junto al Hospital Clínico. Allí conoció a Santiago Ramón y Cajal –Premio Nobel, ya jubilado– y, entre sus profesores, a Carlos Jiménez Díaz, gran maestro de la medicina como catedrático de Patología Médica. Seguía bien los cursos, pero distinguía entre las clases en que se aprende y dejan huella y aquellas otras que tienen menos interés. Sus años de estudiante universitario coincidieron con una etapa de gran inestabilidad política en España: el fin de la Dictadura de Primo de Rivera (1930), la crisis de la Monarquía de Alfonso XIII y la instauración de la Segunda República (1931), con los vendavales antirreligiosos<sup>3</sup>.

La Facultad de Medicina de Madrid fue en esos años foco de revueltas estudiantiles, con peleas entre grupos de distintas ideologías y enfrentamientos con la policía. La actividad política afectó tanto a estudiantes como a profesores<sup>4</sup>. Jiménez Vargas no era impasible ante todo eso, en particular ante los ataques a la Iglesia, y tomó contacto con grupos universitarios de pensamiento cristiano,

<sup>1</sup> Datos registrados en su Documento Nacional de Identidad. Dionisio Jiménez, después del fallecimiento de Gabriela Vargas, casó en segundas nupcias con Carmen Mazarro.

<sup>2</sup> Cfr. José SIMÓN DÍAZ, *Historia del Colegio Imperial de Madrid (del estudio de la villa al Instituto de San Isidro, años 1346-1955)*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1992, pp. 485-498.

<sup>3</sup> Cfr. Vicente CÁRCCEL ORTÍ, *Historia de la Iglesia en la España Contemporánea*, Madrid, Palabra, 2002, pp. 157-158.

<sup>4</sup> Uno de sus profesores, Juan Negrín, catedrático de Fisiología desde 1922, socialista activo desde 1929, fue diputado del Congreso y durante la Guerra Civil llegó a ser presidente del gobierno de la República. Debido a sus actividades políticas, apenas dio alguna clase a Jiménez Vargas, quien, por otra parte, pasó algún tiempo en el laboratorio de su cátedra como estudiante interno. Cfr. Ricardo MIRALLES, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, pp. 51-53; Enrique MORADIELLOS, *Don Juan Negrín*, Barcelona, Península, 2006, pp. 86-89.

como la Confederación de Estudiantes Católicos, la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas (AET)<sup>5</sup> y algún otro más. De hecho, se afilió a la AET y participó en algunas reuniones. En momentos de agitación anticlerical, acudió con otros compañeros a hacer guardias nocturnas en iglesias amenazadas de asaltos, violencias y saqueos. El 9 de febrero de 1934 fue asesinado Matías Montero, estudiante de Medicina y cofundador del SEU (Sindicato Español Universitario) de inspiración falangista<sup>6</sup>. Al entierro se acercó Jiménez Vargas con otros amigos, llevando boina roja, distintivo de los estudiantes tradicionalistas de la AET<sup>7</sup>.

A comienzos de 1932, durante su tercer año de la carrera, un amigo de la facultad, Adolfo Gómez Ruiz<sup>8</sup>, le habló con admiración de un sacerdote joven llamado Josemaría Escrivá de Balaguer, al que calificaba de excepcional, que estaba influyendo muy positivamente en su vida espiritual y en la de otros amigos suyos. Un día en que Adolfo iba a verle, Juan Jiménez Vargas le acompañó y tuvo ocasión de saludarle en su casa. Pasó el tiempo y, en el verano, Gómez Ruiz fue detenido, y en septiembre deportado a Villa Cisneros (Sahara Occidental), como implicado en el golpe militar del General Sanjurjo del 10 de agosto de 1932 contra el Gobierno de la República<sup>9</sup>, lo que interrumpió su relación con Jiménez Vargas.

No obstante, otro amigo le dio noticia de que Josemaría Escrivá de Balaguer deseaba verle, por lo que, poco antes de Navidad, acudió a visitarle. En esa ocasión, san Josemaría le alentó a mejorar su formación y vida cristiana y acor-

<sup>5</sup> Llegó a tener carnet de la AET y a actuar de secretario en una de sus organizaciones. Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, p. 29. Este documento consta de ciento noventa y siete páginas mecanografiadas. Un breve *curriculum vitae*, sin fecha pero escrito poco después de la Guerra Civil, comenzaba de esta manera: «Durante el estudio de la Licenciatura y del Doctorado de su carrera, cursada en la Facultad de Medicina de Madrid, supo unir a la intensa labor intelectual una eficaz intervención en todas las actividades escolares nacionalistas de acción directa y universitarias. Por ello estuvo varias veces detenido en la cárcel». AGP, documentos, C 150-B1.

<sup>6</sup> Sobre la situación política de 1934, cfr. Stanley G. PAYNE, *El colapso de la república. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

<sup>7</sup> Años después comparaba la muerte de Matías Montero (*un símbolo* para algunos estudiantes, porque se había decretado el 9 de febrero fiesta del estudiante caído) con la de Jaime Munárriz (*un ejemplo a imitar*, uno de los jóvenes que frecuentaba la Academia DYA y que también acudió con la boina roja del requeté al entierro del estudiante falangista. Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Teruel, 12 de febrero de 1938, AGP, C 148-B1-2).

<sup>8</sup> Sobre Adolfo Gómez Ruiz (1909-1956), cfr. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica, preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Madrid, Instituto Histórico Josemaría Escrivá – Rialp, 2002<sup>2</sup>, p. 244 (en adelante, *Camino*, edición crítico-histórica).

<sup>9</sup> Cfr. José Luis COMELLAS, *Historia de España Contemporánea*, Madrid, Rialp, 1988, p. 429.

daron verse de nuevo. Durante el siguiente encuentro, el 4 de enero de 1933, el fundador puso ante los ojos de Jiménez Vargas lo que Dios le había hecho ver el 2 de octubre de 1928: el Opus Dei. El joven estudiante quedó vivamente impresionado: «Resultaba evidente que el Padre [san Josemaría] era la persona que Dios había elegido para hacer la Obra [el Opus Dei]»<sup>10</sup>. Y comprendió de inmediato que el Señor le llamaba a seguir ese camino con una dedicación completa a Jesucristo, en celibato apostólico, sin apartarse del mundo; a procurar llevar una vida plenamente cristiana en su trabajo y en las demás circunstancias de la vida, y a tratar de acercar las personas a Dios. Desde ese mismo día se puso a disposición del fundador –a quien pocos seguían entonces–, para cuanto hiciera falta<sup>11</sup>.

San Josemaría decidió comenzar un curso de formación cristiana para muchachos y animó a Juan Jiménez Vargas a que invitase a amigos suyos. Aunque él habló con ocho o diez estudiantes, el sábado 21 de enero de 1933 –día previsto para la primera clase, en una sala cedida por las religiosas del Asilo Porta Coeli–, asistieron él y otros dos estudiantes de Medicina. Al terminar, Escrivá de Balaguer les dio la bendición con el Santísimo Sacramento en la capilla. A los tres impresionó la piedad y las enseñanzas de san Josemaría. Se propusieron comenzar una catequesis en el barrio de Tetuán, y acudir los miércoles a clase de formación cristiana. Era el inicio de una actividad apostólica entre muchachos, que se habría de extender por todo el mundo<sup>12</sup>. Así, por ejemplo, el 15 de mayo de 1933, Jiménez Vargas acompañó a san Josemaría a visitar enfermos al Hospital Nacional, donde el fundador administró el Viático a una joven, María Ignacia García Escobar, que padecía una tuberculosis grave.

Juan Jiménez Vargas era uno de los apoyos con que contaba el fundador del Opus Dei<sup>13</sup>. Durante todo el año 1933 y hasta julio de 1936, pasó con Escrivá de Balaguer todo el tiempo que le permitieron sus estudios. Primero, en la casa de la calle Martínez Campos nº 4, donde san Josemaría vivía con su madre y hermanos; desde diciembre de 1933, en un entresuelo de la calle Luchana nº 33, donde después de no pocas gestiones y dificultades, el fundador había instalado

<sup>10</sup> Relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 26 de junio de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 1, p. 3. El documento, de treinta y una páginas, abarca de 1932 a 1936.

<sup>11</sup> Cfr. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. I, Madrid, Rialp, 1997, p. 489. Juan Jiménez Vargas tenía cerca de 20 años.

<sup>12</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 26 de junio de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 1, p. 19. Asistieron el primer día Vicente Hernando Bocos, José María Valentín Gamazo y Juan Jiménez Vargas. El primero no volvió a más encuentros.

<sup>13</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, p. 440; José Miguel CEJAS, *La paz y la alegría. María Ignacia García Escobar en los comienzos del Opus Dei 1896-1933*, Madrid, Rialp, 2001, p. 161.

la Academia DYA (Derecho y Arquitectura), el primer centro del Opus Dei para llevar a cabo actividades apostólicas con la juventud. El 18 de marzo de 1934 tuvo lugar un día de retiro espiritual para universitarios y, poco después, Escrivá de Balaguer predicó unos ejercicios, que sirvieron de impulso a los estudiantes<sup>14</sup>.

La Academia DYA se quedó pequeña, y en verano de 1934 comenzó la búsqueda de un nuevo local. A finales de agosto se encontró un sitio idóneo en la calle Ferraz nº 50. Con el traslado a un lugar más espacioso, que abarcaba tres pisos, se consiguió mantener la Academia y abrir una Residencia de universitarios. En las gestiones del traslado a los nuevos pisos jugó un papel importante Jiménez Vargas, así como en la búsqueda de profesores para dar las clases<sup>15</sup>. En la tarde del 15 de septiembre quedó definitivamente instalada la nueva Academia-Residencia DYA<sup>16</sup>.

En octubre de 1934 surgieron movimientos revolucionarios en varias ciudades. Como consecuencia, la Universidad de Madrid permaneció cerrada algunas semanas; parte de los residentes previstos para la Residencia no llegaron, y se planteó un grave problema económico. Ante esa situación, san Josemaría se reunió –en febrero de 1935–, con tres de los que le ayudaban, uno de ellos Juan Jiménez Vargas, para comunicarles que se debía prescindir de parte de los locales alquilados<sup>17</sup>.

Durante todo ese curso 1934-35, Juan Jiménez Vargas fue captando más profundamente el espíritu del Opus Dei, mientras colaboraba con san Josemaría en diversas tareas: escribía a máquina material manuscrito de Escrivá de Balaguer; le presentaba amigos y conocidos de la Facultad de Medicina; atendía a los jóvenes –principalmente universitarios– que acudían a recibir clases de formación y a recibir dirección espiritual de san Josemaría; participaba en las reuniones y tertulias familiares que, con el sacerdote, se celebraban en la casa o en algún otro lugar, y a veces le acompañaba a hacer gestiones, atender alguna

<sup>14</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a José María González Barredo, 17 de marzo de 1934, AGP, C 146-E 8.

<sup>15</sup> Cfr. cartas de Juan Jiménez Vargas a Luis de Azua, 6 y 15 de septiembre de 1934, AGP, C 146-E 8.

<sup>16</sup> Cfr. cartas de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, 18 y 23 de septiembre de 1934, AGP, C 146-E 8. En estas primeras cartas que se conservan, Jiménez Vargas se dirigía al fundador como *Padre* con profundo respeto y cariño.

<sup>17</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, pp. 522; 533-541, nota 132. Los otros dos fueron Ricardo Fernández Vallespín y Manuel Sainz de los Terreros. Sobre la revolución de octubre de 1934, cfr. Sandra SOUTO, *Juventud, violencia política y unidad obrera en la Segunda República española*, «Hispania nova» 2 (2001-2002).

catequesis o visitar a pobres o enfermos<sup>18</sup>. Pasaba la mayor parte de la jornada en DYA, aunque seguía viviendo con sus padres; de la correspondencia conservada cabe deducir que cuando el director –Ricardo Fernández Vallespín–, no estaba o se encontraba indispuerto, le sustituía este joven estudiante<sup>19</sup>.

Entre tanto, Jiménez Vargas avanzaba en sus estudios y en la práctica médica como alumno interno de la Clínica Terapéutica y, después, de la clínica del profesor Jiménez Díaz en el Hospital Clínico de Madrid. Terminada la carrera –en junio de 1935–, continuó frecuentando esta última institución y dispuso de más tiempo para colaborar con san Josemaría en las actividades apostólicas. Durante el curso 1935-36, la Residencia de la calle Ferraz estuvo llena. Las clases y los medios de formación cristiana dirigidos por el fundador se abrían a muchas personas, y algunos de los que participaban se vincularon al Opus Dei<sup>20</sup>.

Por ese tiempo, el ambiente político en España se hizo tenso y agresivo, con frecuentes manifestaciones callejeras, amenazas, acciones violentas e incluso algunos asesinatos por las calles. Tanto los residentes como los que acudían a Ferraz nº 50 a recibir formación y atención espiritual de san Josemaría, tenían sus propias ideas políticas, pero en la Residencia se evitaba tratar de esos temas. Con motivo de las elecciones de febrero de 1936, las clases en la universidad se interrumpieron durante algunos días, y entre febrero y marzo el *alma mater* fue cerrada, ante la violencia de los enfrentamientos estudiantiles. El 12 de marzo se produjo un atentado contra el catedrático de Derecho Penal y diputado socialista Jiménez Asúa, del que resultó ileso, aunque murió el escolta<sup>21</sup>. El 14 de abril, con motivo de una manifestación de signo opuesto, mataron a un guardia civil, cuyo entierro, al que asistió Jiménez Vargas con varios amigos, se convirtió en una gran concentración contra el gobierno del Frente Popular, castigada con dura represión policial que produjo algunos muertos y abundantes heridos<sup>22</sup>.

Al terminar el curso, en junio de 1936, el fundador, que tenía plena confianza en Jiménez Vargas, le encomendó organizar un campamento en la sierra

<sup>18</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, pp. 481, 491ss.

<sup>19</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a Emiliano Amann, 5 de agosto de 1935, AGP, C 146-E 8-2.

<sup>20</sup> Cfr. Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid, Rialp, 1994, p. 68; John COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002, p. 159.

<sup>21</sup> Cfr. Javier CERVERA GIL, *Madrid en Guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*, Madrid, Alianza, 1998, p. 36; PAYNE, *El colapso*, p. 299. Según Payne, los verdaderos autores del atentado escaparon a Francia y la policía se esforzó por detener y encarcelar a estudiantes falangistas.

<sup>22</sup> Cfr. Relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, p. 9.

madrileña, en Rascafría, para que él y otros jóvenes del Opus Dei descansaran unos días del esfuerzo del periodo de exámenes<sup>23</sup>.

## DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

En los días previos al levantamiento militar, la tensión política y los asesinatos habían agudizado la situación. Jiménez Vargas lo ilustra así:

Una mañana, cuando yo iba a la Facultad, me encontré con un capitán de Infantería, que venía del cementerio del Este, de identificar a dos que habían sido asesinados el día anterior, uno de ellos estudiante de Medicina, amigo mío. Me dio un encargo para un círculo político, adonde yo iba con frecuencia, cerca del Ministerio de Marina, y que me cogía de paso hacia la Facultad. El encargo para un grupo activista era que no se arriesgara nadie inútilmente, porque la sublevación contra el Frente Popular estaba a punto de estallar<sup>24</sup>.

Conviene tener en cuenta que en las primeras semanas de la Guerra Civil arreció la persecución religiosa que había comenzado durante la Segunda República: quema de iglesias, expulsión de los jesuitas y supresión de los crucifijos en las escuelas públicas, etc. Tras el golpe del 18 de julio de 1936, el ataque se caracterizó por la violencia, que tenía como objetivo la eliminación de todo signo católico, con el fin de modelar una nueva sociedad en un nuevo Estado, que rompería totalmente con el pasado<sup>25</sup>. Durante los primeros meses de la Guerra Civil española, se desató en Madrid y en muchos otros lugares una dura persecución antirreligiosa, con desconcierto, pasividad o débil autoridad por parte del gobierno republicano. Personas incontroladas saquearon e incendiaron iglesias y, salvo excepciones, detenían y condenaban a muerte a cuantos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas conseguían identificar. Hacían lo mismo con militares y civiles que consideraran partidarios de la sublevación militar, o que eran simplemente conocidos católicos. Grupos armados pedían por la calle la documentación, registraban los domicilios, detenían a las personas que se les

<sup>23</sup> Cfr. CASCIARO, *Soñad*, pp. 69-71.

<sup>24</sup> Relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, p. 15.

<sup>25</sup> Cfr. Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Pío XI entre la República y Franco*, Madrid, BAC, 2008, p. 163. Sobre la persecución religiosa se han publicado numerosos estudios. Para el caso de la diócesis de Madrid, cfr. José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego. Madrid, 1936*, Barcelona, Eiunsa, 1998, pp. 64-75.

antojaban sospechosas y las metían en la cárcel o las fusilaban sin darles oportunidad de defenderse. Los porteros de las casas debían denunciar, bajo grave riesgo personal, cualquier movimiento extraño que observaran. Se extendió un clima de gran inseguridad y alto riesgo de muerte para cualquier sacerdote o religioso, o para cualquiera que no tuviera documentos y referencias de no afectación al ejército sublevado<sup>26</sup>.

Veamos cómo transcurrieron esos meses para el fundador del Opus Dei y sus seguidores. A finales de junio de 1936, la Residencia se había trasladado a otro edificio en el nº 16 de la misma calle Ferraz, más amplio y con mejores condiciones. En la nueva sede se encontraba san Josemaría con varios miembros del Opus Dei el 18 de julio, fecha en que estalló la Guerra Civil. Al día siguiente, 19 de julio, frente a la fachada de la Residencia de Ferraz nº 16 se fueron concentrando milicianos que preparaban el asalto al vecino Cuartel de la Montaña, donde había tropas sublevadas. A última hora de ese día, Escrivá de Balaguer indicó a Jiménez Vargas y a otros que vivían con sus padres, que dejaran la Residencia<sup>27</sup> y que le telefonaran al llegar a sus casas, para tranquilizarle. El día sucesivo volvieron a DYA para trabajar en tareas de decoración, y terminaron la jornada con la meditación predicada por san Josemaría. En la noche del 19 al 20 se escucharon disparos en las inmediaciones del Cuartel, y el lunes 20 terminó el asalto a ese lugar, que apareció cubierto de los cadáveres de los militares que se habían alzado dos días antes. El fundador se refugió en casa de su madre, en la calle Doctor Cárceles, próxima a Ferraz. Jiménez Vargas pudo informarle de que todos los miembros del Opus Dei de Madrid se encontraban bien, y logró visitarlo a diario, para llevarle noticias de los demás, recibir sus indicaciones y darle cuenta de su cumplimiento. Fue también a la Residencia DYA para ver cómo había quedado todo y recoger objetos de interés para san Josemaría. Volvió a acudir allí el 25 de julio, pero esta vez le sorprendió un grupo de anarquistas que, después de registrar todo a fondo, lo condujeron a casa de sus padres en la calle San Bernardo nº 33, donde hicieron otro registro y, cuando ya se lo llevaban detenido, sorprendentemente, ante la fortaleza de su madre, lo dejaron libre<sup>28</sup>.

Claramente, en esas circunstancias, la vida de san Josemaría, bien conocido tanto en la zona de Ferraz –por su actividad sacerdotal en la Residencia–

<sup>26</sup> Cfr. CERVERA GIL, *Madrid en Guerra*, pp. 109-110, 189; Vicente CÁRCEL ORTÍ, *La gran persecución. España, 1931-1939*, Barcelona, Planeta, 2000, pp. 126-146.

<sup>27</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, p. 15.

<sup>28</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, pp. 26-30.

como en el barrio de Atocha –por ser rector del Patronato de Santa Isabel–, corría gravísimo peligro, como también la de Jiménez Vargas, por sus definidas ideas cristianas, su actividad apostólica y su amistad con universitarios de grupos políticos contrarios al gobierno del Frente Popular<sup>29</sup>.

El 8 de agosto, Escrivá de Balaguer, avisado de un inmediato registro en casa de su madre, tuvo que marcharse de allí. Pasó la noche en el domicilio de una familia conocida, y se ocultó al día siguiente en un piso de la calle Sagasta nº 31, en el que se alojó también Jiménez Vargas. El día 30 hubo un severo y muy detenido registro, que duró varias horas, mientras los dos, junto a otro refugiado, se ocultaron en un desván, que, incomprensiblemente, los milicianos no revisaron. De descubrirles allí, las consecuencias habrían sido fatales<sup>30</sup>.

En septiembre, y tras cambiar de refugio en dos ocasiones más, san Josemaría se escondió en un piso en el que estaba otro de los primeros miembros del Opus Dei, Álvaro del Portillo; allí acudió también Juan Jiménez Vargas. En esta casa –a la que se accedía desde la calle Serrano nº 39 y era propiedad de unos amigos de Álvaro del Portillo–, se ocultaron los tres durante la segunda quincena de septiembre<sup>31</sup>. Sin embargo, el 2 de octubre, ante otro peligro inminente, se vieron obligados a buscar breve asilo en dos nuevos lugares<sup>32</sup>.

Jiménez Vargas se encontraba en edad militar y poseía una documentación personal muy deficiente, por lo que si algún miliciano le pedía en la calle que se identificara y le preguntaba por qué no estaba en el ejército, nada podría justificarle. Pero estaba convencido de que su deber era velar por el fundador y ayudarle en cuanto pudiera. Cuando no estaba a su lado sabía dónde encontrarlo, y se desplazaba por las calles de Madrid para informarse de los demás, transmitir noticias de unos y otros o buscar refugios más seguros. A todos transmitía el desvelo de san Josemaría por cada uno. Arriesgaba su vida, como si hacer todo eso fuera lo más natural.

Por fin, gracias a otro miembro del Opus Dei y a unos conocidos, se encontró un lugar que parecía más duradero y menos peligroso para el fundador: el sanatorio psiquiátrico que dirigía el doctor Suils, nacido en Logroño y conocido de la familia Escrivá. Jiménez Vargas y otro médico llevaron a san

<sup>29</sup> Cfr. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. II, Rialp, Madrid, 2002, p. 18.

<sup>30</sup> Jiménez Vargas estaba seguro de que no darían con el fundador porque el Señor contaba con él para hacer realidad el Opus Dei. Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, pp. 42-43.

<sup>31</sup> Cfr. COVERDALE, *La fundación*, p. 183.

<sup>32</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 37.

Josemaría en taxi a ese sitio, donde, con conocimiento del caso por el director, pudo permanecer varios meses como si estuviera enfermo.

Por su parte, Jimenez Vargas volvió a vivir con sus padres e, indirectamente para no levantar sospechas, informaba a Escrivá de Balaguer de cómo seguían los demás miembros del Opus Dei<sup>33</sup>. El 16 de octubre, sin embargo, una patrulla de milicianos le detuvo y lo llevó a la cárcel de Porlier<sup>34</sup>. Por ese tiempo sucedió que encarcelaron también a varios miembros del Opus Dei: a Álvaro del Portillo y a José María Hernández Garnica, en la cárcel de San Antón; a Eduardo Alastrué lo condujeron a una checa y, cuando iban a matarlo, le dejaron inexplicablemente en libertad. A Juan Jiménez Vargas le sacaron de la celda el 26 de noviembre con otros muchos, para fusilarlos. Les pusieron en cola y se llevaron a un primer grupo en un camión. Sorprendentemente, contra lo habitual, esa noche no se produjo un segundo viaje; y en las noches siguientes, aunque continuaron los fusilamientos, no volvieron a llamarlo, ni a él ni a ninguno de su galería<sup>35</sup>. Otros lograron refugio, como Vicente Rodríguez Casado, en la Legación de Noruega. La oración y penitencia del fundador del Opus Dei por todos los que se habían incorporado al Opus Dei era muy intensa<sup>36</sup>.

Jiménez Vargas se encontraba constantemente sereno, y lo atribuía a una especial ayuda de Dios. Salió de la cárcel de Porlier el 11 de enero de 1937, sin documentación. Pasó dos semanas con sus padres, que se habían trasladado a la calle Francisco Silvela nº 65, para huir de los bombardeos de las tropas nacionales. Fue a ver a san Josemaría al sanatorio y poco después fue admitido también allí, aunque pronto tuvo que abandonarlo, por estar en edad de ser militarizado. Volvió con sus padres. A mediados de febrero recibió del Colegio de Médicos orden de incorporación como teniente médico al batallón de la Brigada Espartacus, del sindicato anarquista C.N.T. Después de consultarlo al fundador, fue a esa unidad con intención de pasarse en alguna oportunidad a la llamada *zona nacional*. Al ser destinado el 22 de marzo al frente del río Jarama, aprovechó que se había quedado solo un momento en el despacho del comandante médico para poner el sello del Jefe de Sanidad en unos impresos de la División y rellenarlos

<sup>33</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, pp. 64-65.

<sup>34</sup> Cfr. Diario de Juan Jiménez Vargas, 16 de octubre a 20 de diciembre de 1936, p. 4, AGP, D-13448.

<sup>35</sup> «Hasta fines de 1936 ocurrieron una serie de episodios, en los que se ve que todos nos habíamos salvado, más de una vez, de modo humanamente inexplicable. Algunas de estas cosas sucedieron en las cárceles». Relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, pp. 64-65, 79.

<sup>36</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 47.

como permisos<sup>37</sup>. Tuvo varias posibilidades de cruzar las líneas en el frente de guerra, pero algo en su interior le impedía hacerlo, porque dejaba en Madrid a san Josemaría. Decidió entonces desertar de la unidad anarquista y se fue de nuevo junto al fundador, que entretanto había dejado el sanatorio y se hallaba refugiado en una dependencia del Consulado de Honduras, sito en el paseo de la Castellana n.º 51, en espera de poder ser evacuado de España en alguna expedición de asilados diplomáticos. Pudo quedarse con Escrivá de Balaguer, pasando por hermano suyo. Los anarquistas de la Brigada Espartacus le buscaron inútilmente por Madrid<sup>38</sup>.

En aquellas dependencias de la Legación de Honduras convivían hacinadas cerca de un centenar de personas, que apenas comían, temían el posible asalto de milicianos incontrolados o aun de la policía, y eran presa de agudos nerviosismos, tedios y desánimos. San Josemaría, en cambio, con el reducido grupo de miembros del Opus Dei allí reunido, consiguió crear en el pequeño cuarto que tenían asignado un ámbito de confianza en Dios, serenidad, espíritu de servicio y aprovechamiento del tiempo con estudio y lecturas, donde se evitaba hablar del curso de la guerra y de temas políticos. Con frecuencia, Escrivá de Balaguer les dirigía la meditación, celebraba la Santa Misa y les daba la Comunión. La fe y el optimismo sobrenatural del sacerdote, acompañados de su intensa oración y dura mortificación, irradiaban en torno suyo; la muy escasa ración de comida disponible, que en bien de los demás personalmente reducía, le hacía perder peso hasta extremos que alarmaban seriamente como médico a Jiménez Vargas. Aquellos fueron para todos unos meses de oración y penitencia, de crecimiento interior<sup>39</sup>.

Se veía necesario encontrar un modo de salir de Madrid. No dieron resultado los intentos de evacuación diplomática o de conseguir pasaportes extranjeros, con gestiones en la Legación de Turquía y en las Embajadas de Cuba y Chile. Por fin, san Josemaría pudo salir de la Legación de Honduras el 31 de agosto, provisto de un certificado que le acreditaba como intendente de la cancillería; al día siguiente consiguió otro en la Legación de Panamá como agente de compras de la sección de abastos a favor de Ricardo Escribá, nombre con el que Jiménez

<sup>37</sup> Juan Jiménez Vargas actuó de esta manera por lo extraordinario de las circunstancias, ya que estaba en juego su vida y la de otras personas.

<sup>38</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, pp. 95-96.

<sup>39</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 87, 95, 110.

Vargas figuraba en la Legación. De este modo, poco después, el joven médico abandonó ese refugio y se alojó con el fundador en un piso de la calle Ayala<sup>40</sup>.

Gracias al documento de la Legación, aunque con evidente peligro, san Josemaría pudo moverse por Madrid durante el mes de septiembre con cierta autonomía, y realizar una intensa labor sacerdotal, llevando consuelo espiritual a bastantes personas y a algunos enfermos. Juan Jiménez Vargas comía en la pensión en que vivía José María Albareda<sup>41</sup>, quien el 8 de septiembre de 1937 pidió al fundador ser del Opus Dei<sup>42</sup>. Escrivá de Balaguer dirigió unos días de retiro espiritual a Jiménez Vargas, Albareda y otros amigos, con frecuentes cambios de lugar para no levantar sospechas<sup>43</sup>.

Surgió por entonces una posibilidad de salir de España, cruzando los Pirineos desde Cataluña, de la que tuvo noticia Albareda y pareció bien al fundador<sup>44</sup>. En Madrid quedaría al tanto de todo Isidoro Zorzano, el más antiguo en el Opus Dei, y que por haber nacido en Buenos Aires gozaba de relativa libertad de movimientos. En el grupo que acompañaría al fundador, Juan Jiménez Vargas sería su principal apoyo: por el tiempo que llevaba a su lado y por sus cualidades personales «le puso a la cabeza de la expedición en el paso de los Pirineos»<sup>45</sup>. Antes de emprender la salida hacia Valencia y Cataluña, consiguieron documentaciones personales algo aceptables ante eventuales controles, y el menos que ajustado dinero para los viajes, estancia en Barcelona y pago a los guías de la expedición<sup>46</sup>.

Se adelantó Jiménez Vargas a Valencia para advertir del plan a dos miembros del Opus Dei, Pedro Casciaro y Francisco Botella, a quienes puso al corriente de lo ocurrido en los casi quince meses de separación física<sup>47</sup>. Juntos

<sup>40</sup> Cfr. *ibid.*, pp. 122-126.

<sup>41</sup> José María Albareda (1902-1966) era entonces catedrático del Instituto Velázquez, en Madrid. En 1939 fue nombrado secretario general del recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Madrid, fue rector de la Universidad de Navarra entre 1960 y 1966.

<sup>42</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, p. 121.

<sup>43</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 142.

<sup>44</sup> Cfr. *ibid.*, pp. 158-160.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 250.

<sup>46</sup> Cfr. *ibid.*, p. 160. Sobre el paso de una zona a otra, cfr. *ibid.*, pp. 171-172; Jean Louis HAGUE y Gloria del Mar DEL VALLE, *Las relaciones entre la República Española y Andorra entre 1937 y 1939*, «Cuadernos Republicanos» 48 (2002), pp. 39-69; COVERDALE, *La fundación*, pp. 216-234.

<sup>47</sup> Cfr. cuartilla de Juan Jiménez Vargas con detalles del viaje, 7 de octubre de 1937, AGP, C 146-C1-2.

prepararon el alojamiento de san Josemaría y de los que llegaron al día siguiente, 8 de octubre. El fundador celebró Misa el día 9 en casa del farmacéutico amigo que le había alojado<sup>48</sup>, y a la que todos pudieron asistir. El tren los dejó en Barcelona al mediodía del 10<sup>49</sup>.

El 15 de octubre, san Josemaría comunicó a Juan Jiménez Vargas que quería volverse a Madrid y que los demás podían continuar el plan previsto. La reacción de Jiménez Vargas debió de ser tan fuerte que el fundador salió a la calle, lo pensó de nuevo, y cuando volvió había cambiado su postura<sup>50</sup>. Años más tarde, Jiménez Vargas escribió: «Fue sin duda el peor momento que he pasado en mi vida, y al cabo de los años lo recuerdo como si no hubiera pasado el tiempo. Fue impresionante la humildad con que me pidió perdón por el mal rato que me había hecho pasar»<sup>51</sup>.

Al alargarse la espera en Barcelona más de lo previsto, Escrivá de Balaguer consideró conveniente que se unieran a la expedición, al menos, los dos que estaban en Valencia. Envío con ese fin a Jiménez Vargas, que llegó a esa ciudad el 25 de octubre. Como ambos eran soldados y uno de ellos estaba arrestado por unos días en un calabozo militar, Jiménez Vargas aprovechó la espera para invitar a unirse al grupo a Miguel Fisac, que había permanecido oculto en Daimiel (Ciudad Real). Los cuatro viajaron en tren a Barcelona, adonde llegaron el 2 de noviembre<sup>52</sup>.

Francisco Botella, que fue uno de los que se había unido a la expedición desde Valencia, dejó testimonio acerca del papel de Jiménez Vargas en ese tiempo: «Los primeros días de estancia en Barcelona, el Padre [san Josemaría] nos comunicó que, para efectos de la salida de la zona roja, se ponía como un niño en manos de Juan [Jiménez Vargas] y que estaba decidido a seguir sus indicaciones. En efecto, era frecuente ver que Juan y el Padre hablaban a menudo a solas»<sup>53</sup>. El fundador era sin duda el alma y el nervio indiscutible del grupo,

<sup>48</sup> Eugenio Sellés Martí, que fue catedrático de Farmacia Galénica en la Universidad de Madrid. Cfr. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica, p. 103.

<sup>49</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, pp. 141-146.

<sup>50</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 20 de diciembre de 1980, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 3. Este documento contiene una relación detallada, en cuarenta y tres páginas, de la travesía de los Pirineos.

<sup>51</sup> Relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 20 de diciembre de 1980, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 3, pp. 1 y 2; VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 171-172.

<sup>52</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 2 de octubre de 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 2, pp. 177-181.

<sup>53</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 182.

elevaba el ánimo de todos, y con sus comentarios sobrenaturales y sus bromas les ayudaba a superar las especiales dificultades de aquellas circunstancias. Pero para cuanto se refería a la organización material, forma y día de salida e incidencias en la expedición, estaba siempre dispuesto a hacer lo que dijese Jiménez Vargas<sup>54</sup>.

El intermediario con los guías pedía paciencia, y todo se alargaba. Los documentos personales perdían validez y fue preciso cambiar las fechas de algunos permisos militares y salvoconductos caducados, lo que agravaba el peligro ante los frecuentes controles. Juan Jiménez Vargas aconsejaba realizar grandes caminatas por las calles como preparación para las duras marchas que les esperaban, y vigilaba la salud de todos, en particular la de san Josemaría, que había sufrido días antes un fuerte brote reumático, aunque bien poco podía hacer por remediarlo. En cuanto a la alimentación, nada se podía hacer para mejorar la muy escasa comida disponible<sup>55</sup>.

Por fin, emprendieron la salida el 19 de noviembre. Después de diversas peripecias y pasos de un lugar a otro, la noche del 21 al 22 fue especialmente dura para san Josemaría; no dejaba de pensar en los que permanecían en Madrid, sometidos a los mayores peligros. Le asaltaba de nuevo la idea de que desertaba de su función de padre respecto de los que habían quedado allí, como si los abandonara a su suerte; a la vez, comprendía que en la otra zona le necesitaban otros miembros del Opus Dei, y además en esa zona podría recomenzar, y extender la actividad apostólica. Tumbados todos en un local escondido, junto a la incendiada iglesia de Pallerols, san Josemaría, en esa muy dolorosa situación interior, rompió en gemidos. Jiménez Vargas, inmediato a él, parecía discutir con él hablando muy bajo, sin que los demás les entendieran<sup>56</sup>. En un momento dado, Jiménez Vargas alzó algo más la voz –lo que permitió que otro lo oyera– y le dijo: «¡A Vd. le llevamos al otro lado, vivo o muerto!»<sup>57</sup>. Expresión fuerte, que para él –que trataba al fundador con exquisita delicadeza– debió resultar tremendamente dolorosa. Al amanecer, Escrivá de Balaguer se levantó muy pronto y dijo a Jiménez Vargas que no iba a celebrar Misa; bajó a las destrozadas sacristía e iglesia. Al cabo de un rato reapareció transformado, radiante de alegría,

<sup>54</sup> Cfr. COVERDALE, *La fundación*, pp. 218-220. Sobre los días de espera en Barcelona, caracterizados por el hambre y la incertidumbre del día de partida de la expedición, cfr. CASCIARO, *Soñad*, pp. 95-105.

<sup>55</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 184.

<sup>56</sup> Cfr. relación testimonial de Francisco Botella, fechada en 1979, AGP, serie A-5, leg. 198, carp. 2, exp. 1, p. 51.

<sup>57</sup> CASCIARO, *Soñad*, p. 110.

con una rosa de madera estofada en la mano, que entregó a Juan Jiménez Vargas para que la guardara. La dolorosa prueba había terminado y celebró la Santa Misa. «Todos sacamos la impresión de que aquella rosa tenía un profundo significado sobrenatural, aunque no hizo ninguna aclaración», manifestó Jiménez Vargas años después<sup>58</sup>.

Terminada la Misa llegaron Tomás Alvira y Manolo Sainz de los Terremos<sup>59</sup>. El grupo de ocho personas, acompañado por un guía, comenzó una caminata hacia el interior de los bosques de Rialp, permaneciendo a la espera de que se incorporasen otros grupos con sus guías<sup>60</sup>. A partir de ese día, lunes 22, se sujetaron a un horario, que incluía la Misa, varios momentos para rezar, y diversos quehaceres. El sábado 27, ya anochecido, el guía comunicó que la expedición debía abandonar el campamento y comenzar la travesía hacia los Pirineos. Al día siguiente, el fundador celebró la Misa para las personas de la expedición que quisieran participar, y por la tarde prosiguió la travesía<sup>61</sup>.

Continuaron conforme al plan previsto por los guías, con marchas fatigosas. Jiménez Vargas procuraba ir muy pegado al fundador y se daba cuenta de que a san Josemaría le volvía la preocupación por los que quedaban en la zona de persecución religiosa<sup>62</sup>.

En esas ocasiones, Jiménez Vargas obraba con gran fortaleza, con expresiones contundentes como en la noche de Pallerols. Francisco Botella escribió sobre esto: «Juan ofrecía una actitud de sumisión absoluta y, a la vez, de decisión enérgica delante del Padre [san Josemaría]»<sup>63</sup>. Y el propio Escrivá de Balaguer, en carta ya desde Burgos a Isidoro Zorzano, que había quedado en Madrid, aludió –un tanto en clave– al papel de Jiménez Vargas en el paso de los Pirineos: «¡Cuántas veces hubiera vuelto a mi país, antes de llegar a Francia, si no lo hubiera evitado *Jeannot* [Juan Jiménez Vargas]. Ha sido mejor que viniera, porque no se puede ni soñar la labor que se ha hecho»<sup>64</sup>.

<sup>58</sup> Relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 20 de diciembre de 1980, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 3, p. 7.

<sup>59</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 196.

<sup>60</sup> Cfr. COVERDALE, *La fundación*, p. 225.

<sup>61</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 196-205.

<sup>62</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 20 de diciembre de 1980, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 1, exp. 3, pp. 10-11.

<sup>63</sup> Relación testimonial de Francisco Botella, fechada en 1979, AGP, serie A-5, leg. 198, carp. 2, exp. 1, p. 42.

<sup>64</sup> Carta de san Josemaría a Isidoro Zorzano, Burgos, 12 de junio de 1938, AGP, serie A-3.4, 254-6-380612-1. La correspondencia estaba sujeta a censura militar y, por tanto, el fundador tomaba precauciones al escribir, cambiando –en algunas ocasiones– lugares, nom-

Las marchas nocturnas –con mucho frío, muy escasa comida y mala preparación física, sin apenas dormir, subidas y bajadas por terrenos empinados, cruce de ríos, caídas frecuentes, muy mal calzados y continuo peligro de ser descubiertos– resultaban extenuantes. Jiménez Vargas, como médico, seguía ocupándose de los demás, en particular de san Josemaría, pues aunque era patente su entereza, en algunos momentos aparecía exhausto. Por fin, los cerca de cuarenta que se habían ido integrando en diferentes puntos, alcanzaron Andorra el 2 de diciembre. Retenidos allí por una fuerte nevada, el grupo de Escrivá de Balaguer reemprendió el viaje a Francia el día 10; en Lourdes dieron gracias a la Virgen, y san Josemaría celebró la Santa Misa; cruzaron la frontera por Fuenterrabía<sup>65</sup>. Como médico, Jiménez Vargas fue militarizado enseguida, con destino provisional a Burgos; el 15 de diciembre, describía con cierto humor la odisea en el Pirineo: «Acabo de llegar a Burgos desde la zona roja en un viaje de turismo. Todo comodidades. En la etapa más fácil nos llegaba la nieve a la rodilla y a ratos nos hundíamos hasta la cintura»<sup>66</sup>. También ese mismo día escribió al fundador hablándole de su situación en el botiquín de un cuartel de Burgos y, pocos días después, le daba noticias sobre el paradero de varios estudiantes que habían frecuentado la Academia<sup>67</sup>.

El 8 de enero de 1938, san Josemaría se estableció en Burgos. Jiménez Vargas le ayudó en diferentes tareas, entre ellas la de reanudar la relación apostólica con diversas personas, pero fue movilizado pocos días después: partió como alférez médico de la División 52 en el batallón 55 del frente de Teruel, donde la situación bélica era muy dura<sup>68</sup>. Formaba parte de los oficiales de un batallón de infantería integrado principalmente por aragoneses, gallegos y andaluces<sup>69</sup>. Por las mañanas solía hacer un rato de ejercicio físico (gimnasia y carrera) y después se dedicaba ininterrumpidamente al reconocimiento de los enfermos y heridos, tanto de las posiciones en el frente como de los habitantes del pueblo. Buscaba

bres y expresiones con cierta discreción. En el caso del apelativo *Jeannot* y otros –por ejemplo, Juanito– eran empleados como expresiones de cierta gracia y afecto, ya que el aludido era conocido por su carácter recio.

<sup>65</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 202-225.

<sup>66</sup> Carta de Juan Jiménez Vargas a Carlos Fernández Vallespín, Burgos, 15 de diciembre de 1937, AGP, C 146-C1-3.

<sup>67</sup> Cfr. cartas de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Burgos, 15 y 31 de diciembre de 1937, AGP, C 146-C1-3.

<sup>68</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Zaragoza, 10 de enero de 1938, AGP, C 148-B1.

<sup>69</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Teruel, 26 de enero de 1938, AGP, C 148-B1.

algunos ratos para leer un libro de espiritualidad (el *Kempis*), rezar el Rosario y hacer un rato de oración alrededor de una iglesia del pueblo, que permanecía cerrada por las tardes. A Misa iba los domingos y, en ocasiones, era el único hombre que comulgaba; a veces era imposible participar en la Eucaristía, por la escasez de clero. En esas circunstancias, procuraba cumplir un plan de vida espiritual. Después de la comida con los oficiales, solía estudiar medicina y por la noche prefería escribir cartas; en una, dirigida a Escrivá de Balaguer, le pedía un diccionario de inglés y una gramática<sup>70</sup>. A los pocos días le llegó una gramática y comenzó a estudiar; incluso se atrevió a mandar una carta escrita íntegramente en inglés<sup>71</sup>.

San Josemaría hizo gestiones para que destinasen a Burgos a Juan Jiménez Vargas, y así tenerlo a su lado. Anotó a finales de enero: «Decidido a hacer lo posible o aun lo imposible para traer a Juan a mi lado. ¡Es preciso!»<sup>72</sup>. En febrero le escribió con carácter muy reservado: «Sabe bien que, conservándose y dejándose formar, *Jeannot* [Juan] será su inmediato sucesor en el negocio familiar: y, bajo su dirección, prosperará de manera increíble»<sup>73</sup>. Sin embargo, las necesidades de médicos en el frente de guerra impidieron el cambio de destino.

A finales de febrero, Jiménez Vargas pidió un permiso para ir a Zaragoza con objeto de gestionar la salida de sus padres de Madrid, por medio de un amigo que tenía buenos contactos en el Comité Internacional de la Cruz Roja. El coronel le negó el permiso porque no podía prescindir del médico, dadas las circunstancias del frente de batalla<sup>74</sup>. El alférez médico decidió esperar unos días a reiterar la solicitud, pero la situación no se calmaba y pasaron las semanas y los meses sin poder ir a Zaragoza ni a Burgos, donde le esperaba el fundador. A pesar de algunas buenas noticias que presagiaban un final cercano de la guerra, las duras jornadas caracterizadas por el frío, los piojos y los ratones, hacían pasar malos ratos al joven alférez médico. Uno de los peores momentos para él fue cuando un herido murió sin poder recibir la Unción de los Enfermos<sup>75</sup>.

<sup>70</sup> Cfr. cartas de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Teruel, 3 y 10 de febrero de 1938, AGP, C 148-B1-2.

<sup>71</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a Ricardo Fernández Vallespín, Teruel, 22 de marzo de 1938, AGP, C 148-B1-3.

<sup>72</sup> ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Apuntes íntimos*, n. 1513, 27 de enero de 1938, cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 250.

<sup>73</sup> Carta de san Josemaría a Juan Jiménez Vargas, Zaragoza, 24 de febrero de 1938, AGP, serie A-3.4, 254-6-380224-1.

<sup>74</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Teruel, 24 de febrero de 1938, AGP, C 148-B1-2.

<sup>75</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Teruel, 12 de abril de 1938, AGP, C 148-B1-4.

En sus cartas, san Josemaría alentaba a Juan Jiménez Vargas y le daba noticias de los demás; a la vez, le abría su alma con particular intimidad, como a hombre maduro al que atribuía cierta autoridad. En los primeros meses de 1938 le contó una rara situación de enfermedad que padeció, que podía ser tuberculosis<sup>76</sup>; acudió a él para que dijese algo fuerte a Pedro Casciaro y a Francisco Botella, que vivían con él en Burgos y le instaban –con indudable afecto, pero a veces de modo inoportuno– a que comiera un poco más, se abrigara y redujera las intensas penitencias que hacía. Jiménez Vargas escribió a Pedro Casciaro comunicándole que la única solución era que el fundador visitase a un médico: «Ya me estáis fastidiando con la enfermedad de Mariano [Josemaría Escrivá de Balaguer], como si yo pudiese hacer algo. Si fueras tú te mandarías... a hacer compañía a tu sobre»<sup>77</sup>. Poco después el fundador explicaba a Jiménez Vargas:

Al cumplir la Voluntad de Dios, es menester que yo sea santo, ¡cueste lo que cueste!, aunque costara la salud, que no costará [...]. Te hablo con toda sencillez. Motivos hay porque has convivido conmigo más que nadie, y de seguro que comprendes que necesito golpes de hacha. Por tanto, hazme el favor de tranquilizar a estos pequeños, con un *sinapismo* de los tuyos<sup>78</sup>.

El 17 de mayo de 1938, tras varios meses sin verse, san Josemaría fue al frente de Albarracín (Teruel) para estar con Jiménez Vargas. Pasaron varias horas paseando y hablando<sup>79</sup>. Éste le presentó a otro médico, Alfonso Balcells, que unos años más tarde pidió la admisión en el Opus Dei en Barcelona<sup>80</sup>. Por fin, Jiménez Vargas consiguió el anhelado permiso y marchó a Zaragoza el día 22 de mayo. Después de comer con el fundador, por la tarde, fueron los dos a Cas-cante (Navarra), donde Escrivá de Balaguer celebró una Misa en la capilla de la familia Munárriz, en sufragio de dos hijos fallecidos en la guerra<sup>81</sup>. Después, Juan

<sup>76</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 270.

<sup>77</sup> Carta de Juan Jiménez Vargas a Pedro Casciaro, Teruel, 8 de marzo de 1938, AGP, C 148-B1-3.

<sup>78</sup> Carta de san Josemaría a Juan Jiménez Vargas, Burgos, 30 de abril de 1938, AGP, serie A-3.4, 255-2-380430-1. Con el término *sinapismo* se refería a las cosas divertidas que Jiménez Vargas solía decir.

<sup>79</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a Ricardo Fernández Vallespín, Teruel, 17 de mayo de 1938, AGP, C 148-B1-5. Sobre este encuentro, cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, p. 287. Sobre la guerra en este frente, cfr. Miguel ALONSO BAQUER, *El Ebro, la batalla decisiva de los cien días*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

<sup>80</sup> Cfr. Alfons BALCELLS, *Memòria ingènua*, Barcelona, La Formiga d'Or, 2005, pp. 70-76.

<sup>81</sup> Se trataba de los hermanos Jaime –que cuando estudiaba tercer curso de Medicina había asistido a clases de formación en la Academia DYA, en Luchana– y Ángel Munárriz, arquitecto, que acudía a retiros espirituales en la Residencia de Ferraz, cfr. carta de Juan Jiménez

Jiménez Vargas tuvo que regresar al frente. En junio pasó al batallón 52 con destino en Carrascalejo, un pueblo tranquilo y distante del frente de batalla, como contaba en sendas cartas a los que estaban en Burgos. En esos días aprovechó para estudiar y escribir cartas en inglés. En otra misiva afirmó: «He llegado a la conclusión de que mientras dure la guerra la única obra externa útil que yo puedo hacer es tratar de dominar el inglés»<sup>82</sup>. Como disponía de mucho tiempo, pidió que le enviaran un libro de Fisiología Aplicada, «sobre todo teniendo en cuenta que va a ser lo único que podré ocuparme un poco el día que acabe la guerra»<sup>83</sup>.

La dura batalla del Ebro le impidió obtener permiso para ver al fundador en Burgos. Así, continuó la relación postal. El 2 de octubre le felicitó por el décimo aniversario de la fundación del Opus Dei<sup>84</sup>. Y el 13 de octubre, san Josemaría le decía que estaba esperando la llegada de Álvaro del Portillo, Vicente Rodríguez Casado y Eduardo Alastrué, tres miembros del Opus Dei que se acababan de pasar por el frente de Guadalajara<sup>85</sup>.

El 11 de enero de 1939, Jiménez Vargas escribió a Álvaro del Portillo, que estaba destinado en un regimiento de fortificación en la provincia de Valladolid. Entre otras cosas comentaba:

De lo que me dices que Mariano [Josemaría Escrivá de Balaguer] no dice con claridad lo que quiere, te digo que [...] no entiendo bien que pueda ser una dificultad. Porque cuando Mariano deja libertad para decidir en alguna cosa, siempre habrá una solución que resulte más costosa. Creo yo que no se equivoca uno si escoge el camino más desagradable. Aparte que tu abuelo [Josemaría Escrivá de Balaguer] aunque no concrete, siempre deja ver con claridad qué es lo que quiere. Por mi parte no puedo indicarte nada sin riesgo de *meter la pata*. Por las cartas no puedo formarme una idea exacta de los asuntos familiares. Si voy con permiso –y no creo que

Vargas a José Arroyo, Zaragoza, 23 de mayo de 1938, AGP, C 148-B1-5; relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, 25 de mayo de 1986, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 2, exp. 2. Este testimonio, de veintiocho páginas, abarca desde diciembre de 1937 hasta marzo de 1939. Sobre la relación de san Josemaría con la familia Munárriz, cfr. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica, p. 325.

<sup>82</sup> Carta de Juan Jiménez Vargas a Francisco Botella, Teruel, 22 de julio de 1938, AGP, C 148-B1-7.

<sup>83</sup> Carta de Juan Jiménez Vargas a Francisco Botella, Teruel, 30 de julio de 1938, AGP, C 148-B1-7.

<sup>84</sup> Cfr. carta de Juan Jiménez Vargas a san Josemaría, Teruel, 2 de octubre de 1938, AGP, serie A-3.4, 255-5-381002-3.

<sup>85</sup> Cfr. carta de Josemaría Escrivá a Juan Jiménez Vargas, Burgos, 13 de octubre de 1938, AGP, serie A-3.4, 255-5-381013-3.

tarde más de 15 días en ir- ya será otra cosa. Así es que [...] te basta con lo que dice tu abuelo [Josemaría Escrivá de Balaguer]<sup>86</sup>.

En esta carta se vislumbra una petición de consejo de Álvaro del Portillo a Jiménez Vargas como persona madura; y también se manifiesta claramente la confianza total en el fundador.

En los primeros meses de 1939, el fin de la guerra se veía inmediato<sup>87</sup>. En febrero, Juan Jiménez Vargas ascendió a teniente y fue destinado a la División 56 en el frente de Madrid. San Josemaría se preparaba para volver a la capital y reemprender la Residencia universitaria; en febrero preveía la paz y «una época de intensa vibración»<sup>88</sup>. Con motivo de la elección de Pío XII, escribía a Jiménez Vargas: «*Papam habemus!*»<sup>89</sup>. Por entonces, el fundador veía ya en Álvaro del Portillo la persona adecuada para desempeñar un papel singular en el Opus Dei, como revela la carta que tres semanas después le dirigió a Cigales (Valladolid): «Jesús te me guarde, *Saxum* [roca]: Y sí que lo eres. Veo que el Señor te presta fortaleza y hace operativa mi palabra: *saxum!* Agradéceselo y séle fiel, a pesar de... tantas cosas»<sup>90</sup>.

#### HACIA LA CÁTEDRA DE FISIOLOGÍA (1939-1942)

El 1 de abril de 1939 terminó por fin la Guerra Civil. San Josemaría había llegado a Madrid el 28 de marzo, donde encontró a su madre y hermanos y a los miembros del Opus Dei que habían quedado allí. Juan Jiménez Vargas llegó días después, con una semana de permiso, y acompañó al fundador a revisar la casa de la calle Ferraz nº 16, destruida totalmente por la guerra. Escrivá de Balaguer urgió a buscar otro lugar para residencia de estudiantes, que se encontró en el nº 6 de la calle Jenner. Se acondicionó durante el verano, y entró en uso para los residentes al comienzo del curso 1939-40. Juan Jiménez Vargas quedó libre

<sup>86</sup> Carta de Juan Jiménez Vargas a Álvaro del Portillo, Teruel, 11 de enero de 1939, AGP, C 150-B1-1.

<sup>87</sup> Cfr. CERVERA GIL, *Madrid en Guerra*, p. 375.

<sup>88</sup> Carta de san Josemaría a Juan Jiménez Vargas, Burgos, 13 de febrero de 1939, AGP, serie A-3.4, 256-2.

<sup>89</sup> Carta de san Josemaría a Juan Jiménez Vargas, 3 de marzo de 1939, AGP, serie A-3.4, 256-2.

<sup>90</sup> Carta de san Josemaría a Álvaro del Portillo, Burgos, 23 de marzo de 1939, AGP, serie A-3.4, 256-2. También en varias cartas anteriores (13 y 24 de febrero de 1939) el fundador había llamado *saxum* a Álvaro del Portillo.

de sus compromisos militares en el verano de 1939 y san Josemaría le designó director de esa Residencia<sup>91</sup>.

Desde el verano de 1939, Jiménez Vargas reanudó su dedicación profesional a la docencia universitaria y a la investigación científica<sup>92</sup>. Se incorporó como médico interno y ayudante de cátedra del profesor Fernando Enríquez de Salamanca, también de Patología Médica, y como colaborador de la sección de Química Biológica del Instituto Cajal perteneciente al CSIC. Se especializó en Fisiología en relación con la educación física, conociendo con detalle la patología y desequilibrios de los excesos del deporte<sup>93</sup>. Publicó un libro breve, titulado *Gimnasia*, en el que exponía sus conocimientos teóricos y prácticos<sup>94</sup>. Trabajó con intensidad y obtuvo el doctorado en Medicina en 1940. Dejó la dirección de la Residencia de la calle Jenner y se trasladó a un nuevo centro del Opus Dei. En mayo de 1942 ganó por oposición libre la cátedra de Fisiología General y Especial de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona<sup>95</sup> y, atraído por la Fisiología del Sistema Nervioso Central, en el verano de ese mismo año tuvo una estancia de ampliación de estudios en Zúrich (Suiza) en el Instituto de Fisiología de Walter R. Hess –que años después recibiría el Premio Nobel de Medicina–, donde aprendió modernas técnicas neurofisiológicas<sup>96</sup>.

<sup>91</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 395.

<sup>92</sup> En algún momento anterior, san Josemaría debió cambiar de parecer respecto al hecho de que Juan Jiménez Vargas pudiera sucederle, y que estuviera junto a él en las tareas de gobierno central del Opus Dei. Quizás Juan manifestara que no era apropiado para esas funciones. Por otra parte, como se ha dicho antes, desde al menos marzo de ese año 1939, san Josemaría había descubierto en Álvaro del Portillo cualidades singulares. Cuando en febrero de 1940 uno de los autores de este artículo (Francisco Ponz) fue a vivir a la Residencia de la calle Jenner, aunque Jiménez Vargas era el director, quien principalmente ayudaba al fundador en la formación de las personas del Opus Dei y en las tareas de gobierno era Álvaro del Portillo. En todo caso, conociendo a Jiménez Vargas, se puede asegurar que contó con el parecer de san Josemaría –que respetó siempre la libertad personal de los miembros del Opus Dei– y reemprendió su orientación profesional al profesorado universitario.

<sup>93</sup> Cfr. AGP, documentos, C 150-B1. En esta carpeta hay tres copias de un *curriculum vitae*, tamaño cuartilla, probablemente de 1939.

<sup>94</sup> Cfr. Juan JIMÉNEZ VARGAS, *Gimnasia*, Madrid, Saeta, 1941. El libro, de cincuenta y cinco páginas, incluía veinte láminas.

<sup>95</sup> El tribunal estaba constituido por los profesores Enríquez de Salamanca (Universidad de Madrid), Laguna Serrano (Universidad de Granada), Santos Ruiz (Universidad de Madrid), Sanz Ibáñez (Universidad de Valencia) y Rodríguez Candela (Universidad de Valladolid), cfr. «Boletín Oficial del Estado», 10-II-1942, p. 1225. Fue nombrado catedrático el 12 de junio de 1942.

<sup>96</sup> En Zúrich coincidió un tiempo con uno de los autores (Francisco Ponz), que estaba

## TRECE AÑOS EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA (1942-1954)

Incorporado a la Universidad de Barcelona para iniciar el curso 1942-43, se alojó en un modesto hotel del área de Tres Torres. En la Facultad de Medicina tuvo que reorganizar las instalaciones y dotaciones instrumentales de la cátedra, deterioradas por la Guerra Civil, lo que era muy difícil por la extrema penuria económica de España en esos años y por la guerra mundial en curso<sup>97</sup>. Consiguió atraer y formar a sus primeros colaboradores y reanudó muy pronto la investigación, con nuevas publicaciones científicas<sup>98</sup>. Volvió a Zürich en el verano de 1943, para profundizar en la metodología y técnicas de trabajo del prof. Hess. Durante esta nueva estancia asistió –invitado con otros profesores españoles– a una cena con don Juan de Borbón, heredero de la Corona de España<sup>99</sup>.

En el curso siguiente, pasó a vivir a un centro del Opus Dei que se instaló en la calle Muntaner nº 444-5º, al que se llamaba familiarmente La Clínica, en el que él y su amigo de tiempos de guerra, Alfonso Balcells, médico internista y cardiólogo, abrieron una consulta médica que los dos compartían combinando los horarios. Jiménez Vargas dirigía un pequeño laboratorio de análisis clínicos, al que añadió luego en la sala de exploraciones un espacio acondicionado para estudiar la actividad eléctrica cerebral, contando con uno de los primeros aparatos de electroencefalografía que hubo en España<sup>100</sup>.

Fue designado jefe de la sección de Fisiología del Instituto de Investigaciones Médicas de la Diputación de Barcelona (1943 y 1944) y desde 1945 vicepresidente del Instituto de Fisiología y Bioquímica y jefe de la Sección de Fisiología Humana de este Instituto (CSIC). En ese mismo año fundó la *Revista Española de Fisiología*, única específica en España para publicaciones de Fisiología y Bioquímica, de la que fue director durante muchos años<sup>101</sup>. En

ampliando estudios sobre nutrición animal. Cfr. Francisco PONZ, *Mi encuentro con el Fundador del Opus Dei, Madrid 1939-1944*, Pamplona, Eunsa 2001<sup>3</sup>, pp. 123-124.

<sup>97</sup> Cfr. *ibid.*, p. 130.

<sup>98</sup> Uno de los autores (Francisco Ponz), trabajó en los laboratorios de Jiménez Vargas unos tres meses en la primavera de 1943 (cfr. *ibid.*, p. 130).

<sup>99</sup> Cfr. Gonzalo REDONDO, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco 1939-1975. Tomo I. La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947)*, Pamplona, Eunsa 1999, p. 628. A la cena asistieron también el historiador Rafael Calvo Serer, el civilista José Beltrán de Heredia y el historiador del Derecho José Maldonado.

<sup>100</sup> Cfr. BALCELLS, *Memòria*, p. 151.

<sup>101</sup> Cfr. notas históricas sobre esta publicación periódica en Francisco PONZ – Miguel LLUCH, *Cincuenta años de la Revista Española de Fisiología*, «Revista española de Fisiología» 51/1 (1995), pp. I-XII.

mérito a su trayectoria científica fue nombrado en 1946 consejero de número del CSIC<sup>102</sup>.

Durante su etapa en Barcelona desarrolló una creciente labor de docencia e investigación. Cuando en 1955 dejó esa Universidad, habían pasado por sus clases trece promociones de nuevos médicos y había publicado unos sesenta artículos de investigación experimental<sup>103</sup>.

A la vez que enseñaba la Fisiología, procuraba sembrar en sus alumnos los valores cristianos. A algunos les animaba directa o indirectamente a conocer a estudiantes del Opus Dei. Con los doctorandos y discípulos, su relación era mucho mayor: les ayudaba a orientar bien su futura actividad profesional, los apoyaba en sus dificultades, les mostraba el valor de una vida cristiana coherente y, con completo respeto a su libertad personal, los invitaba a recibir formación cristiana<sup>104</sup>.

#### EN LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA (1955-1985)

Al promover san Josemaría el comienzo del Estudio General de Navarra en 1952, las primeras enseñanzas fueron las de Derecho<sup>105</sup>, pero quiso que se iniciaran enseguida las de Medicina y Enfermería. Para esta empresa, que se advertía humanamente imposible o al menos prematura, pensó en Juan Jiménez Vargas, por su prestigio y experiencia académica, su temple firme y decidido y la bien probada fuerza de su fe. En el verano de 1954 lo llamó a Molinoviejo (Segovia) para explicarle lo que se pretendía: la inmediata puesta en marcha de las enseñanzas de medicina con gran categoría científica, para formar buenos médicos y con alto nivel profesional. Los profesores deberían volcarse en la formación de los alumnos en todos los aspectos y desarrollar también una investigación de calidad<sup>106</sup>.

<sup>102</sup> Sobre su vida académica, cfr. *Acto académico en memoria de Juan Jiménez Vargas*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1997. La relación completa de sus publicaciones en «Revista española de Fisiología» 45, Suplemento (1989), pp. VII-XIV.

<sup>103</sup> Cfr. *ibid.*

<sup>104</sup> Cfr. Rosa María ECHEVERRÍA, *Facultad de Medicina. Universidad de Navarra 1954-2004, 50 años de vida, memoria y esperanza*, Pamplona, Eunsa 2004, pp. 21ss.

<sup>105</sup> Cfr. Ismael SÁNCHEZ BELLA, *Recuerdos sobre el comienzo de una gran aventura*, en Onésimo DÍAZ – Federico REQUENA (eds.), *Josemaría Escrivá de Balaguer y los inicios de la Universidad de Navarra (1952-1960)*, Pamplona, Eunsa, 2002, pp. 27-39; Fernando de MEER, *El comienzo de la Escuela de Derecho de la Universidad de Navarra (1952-1957). Un apunte histórico*, en Juan FORNÉS, *Libro cincuentenario de la Facultad de Derecho*, Pamplona, Eunsa, 2004, pp. 19-31.

<sup>106</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, firmado en 1975 y 1976, AGP, serie A-5,

Jiménez Vargas aceptó la invitación sin dudar un momento y se puso manos a la obra. Eso suponía dejar su acreditada cátedra en la Universidad de Barcelona, donde contaba con un buen equipo de colaboradores, medios instrumentales y bibliográficos y tenía en su haber una fecunda labor académica, abundante en publicaciones y de amplias perspectivas, para comenzar de la nada, en Pamplona, una Facultad de Medicina: algo particularmente complejo y exigente, para lo que sólo contaba con el espíritu que habría de informarla y con su experiencia científica. Como primer decano, buscó los profesores imprescindibles para encargarse de las asignaturas del primer año, que también se daban en las Facultades de Ciencias y, de ese modo, las clases pudieron comenzar en el octubre inmediato, con veinticinco alumnos, en el mismo edificio en que se impartían las de Derecho<sup>107</sup>: el de la Cámara de Comptos, prestado por la Diputación Foral. Al mismo tiempo se iniciaron, bajo su orientación e impulso, las enseñanzas de Enfermería<sup>108</sup>.

Durante el curso 1954-55, Jiménez Vargas, que no tenía que dar clases en Pamplona, continuó viviendo en Barcelona, para encauzar su sustitución sin rupturas bruscas y atender a sus doctorandos y colaboradores; viajaba con frecuencia a la capital navarra, para orientar y alentar a los profesores y preparar a los del curso siguiente. Después, desde el verano de 1955 hasta el final de su vida, residió en Pamplona. En los últimos días de noviembre de 1955 se pudo disponer de un pequeño y casi abandonado pabellón del Hospital de Navarra, acondicionado por la Diputación Foral, para las clases de dos cursos de Medicina y otros dos de Enfermería. El director del Hospital, Agustín Arraiza, compañero de promoción de Jiménez Vargas en la Facultad de Madrid, dio facilidades<sup>109</sup>.

Era costumbre en España que los catedráticos de Fisiología se ocuparan de la enseñanza, no sólo de esa disciplina, sino de la Bioquímica, que se integraba en la asignatura de Fisiología General y Química Biológica. Jiménez Vargas entendía que la Bioquímica tenía entidad propia, por lo que en Pamplona, para el curso 1955-56 y siguientes, encomendó a los profesores Contadini y Macarulla esa asignatura, para que la llevaran con plena responsabilidad académica, y él se dedicó

leg. 220, carp. 2, exp. 5. Este documento es un testimonio de veintiséis páginas, sobre los comienzos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra.

<sup>107</sup> Cfr. Juan Antonio PANIAGUA, *Apuntes sobre los primeros pasos de la Facultad de Medicina*, en DÍAZ -REQUENA, *Josemaría Escrivá de Balaguer*, pp. 149-164.

<sup>108</sup> Cfr. Guadalupe ARRIBAS ECHEBESTE y Rosario SERRANO SASTRE, *Primeros años de la Escuela de Enfermería*, «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» 5 (2001), pp. 103-114.

<sup>109</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, firmado en 1975 y 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 2, exp. 5.

a la Fisiología. Esto le acarreó que colegas de otras facultades, celosos de mayor dominio académico, vieran esto como una *traición*, pero fue un conveniente acto de desprendimiento, que supuso adelantarse a lo que por razones científicas acabaría por hacerse, como ocurría ya en muchas buenas universidades de otros países. En el curso siguiente, 1956-57, le correspondió explicar la Fisiología Humana<sup>110</sup>.

A su espíritu universitario y a su generosidad sin medida se debe en gran parte lo que hoy es la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra. Durante su etapa de primer decano (1954-1962) consiguió establecer las bases para el ulterior desarrollo de la Facultad y de la actividad clínica académica y asistencial. Además del mencionado pabellón en uso desde 1955 para las clases y la investigación, en el curso 1958-59 se dispuso de un edificio nuevo –la *Escuela Nueva*– como primera ampliación de la Facultad. Desde enero de 1959 se contó con el *pabellón F* para consultas e ingresos de clínica médica, a modo de inicial hospital clínico. Al dejar el decanato en 1962, estaban muy avanzadas las obras de nuevas ampliaciones para las actividades académicas y se acababa de inaugurar la primera fase de la Clínica Universitaria, un objetivo que se venía persiguiendo desde 1956. Poco después del nacimiento de la Facultad, en 1957, fundó en Pamplona la *Revista de Medicina de la Universidad de Navarra*, de la que fue director hasta 1962, un claro compromiso de alta actividad científica. En esos mismos años se incorporaron los principales profesores, maduros o jóvenes, que prestigiaron la Facultad y la Clínica en sus primeras décadas. Uno de ellos, Eduardo Ortiz de Landázuri –que por invitación de Jiménez Vargas se había incorporado en 1958 con el fin de poner en marcha los cursos clínicos–, le sucedió en el decanato en los primeros días de 1962<sup>111</sup>.

Liberado del decanato, volcó toda su capacidad en la tarea académica, con muy intensa dedicación. Fue profesor ordinario de Fisiología Humana desde 1954 hasta 1985, y cuatro años más –en razón de su edad–, se mantuvo como profesor extraordinario. En ese largo periodo de unos treinta y cinco años de vida académica en la Universidad de Navarra, fue jefe de la sección de Fisiología Aplicada en Pamplona, primero dentro del Instituto Español de Fisiología y Bioquímica (CSIC) como lo era en Barcelona, y luego en el Departamento de Investigaciones Fisiológicas (Centro Coordinado del CSIC y de la Universidad), del que se le designó vicedirector. Miembro fundador de la Sociedad Española de Ciencias

<sup>110</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, firmado en 1975 y 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 2, exp. 5.

<sup>111</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, firmado en 1975 y 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 2, exp. 5.

Fisiológicas, resultó elegido vicepresidente en 1964. Era también miembro de la European Neuroscience Association y de otras sociedades científicas<sup>112</sup>.

#### UNA LARGA ENFERMEDAD (1987-1997)

Días antes de la Navidad de 1987, cuando llevaba unos meses en Madrid corrigiendo testimonios suyos sobre diversos aspectos de la historia del Opus Dei, sufrió una grave hemorragia cerebral. Llegó a la Clínica de la Universidad de Navarra en trance de muerte, pero pudo superar la situación y reanudar en gran parte la vida ordinaria. Todavía dirigió una última tesis doctoral. Le llamaban de distintos lugares para conocer de viva voz pormenores relacionados con los primeros años del Opus Dei. También colaboró en las actividades de la Asociación Navarra de Defensa de la Vida (ANDEVI). Sin embargo, su situación cerebral se iba deteriorando de forma lenta pero progresiva, se limitaban sus funciones motoras y superiores y aumentaba su dependencia. En 1992 pudo desplazarse a Roma para estar presente en la beatificación del fundador del Opus Dei; por entonces, era el más antiguo de esta prelatura personal<sup>113</sup>.

Nuevos episodios cerebrales obligaron a ingresarle en la Clínica Universitaria. Su fuerte organismo resistió unos cuatro años bajo el cuidado de médicos, enfermeras y sanitarios, siempre acompañado por personas del Opus Dei.

Su fallecimiento se produjo el 29 de abril de 1997<sup>114</sup>. Profesores, antiguos alumnos y colaboradores, médicos, enfermeras, sanitarios, bedeles, secretarías y estudiantes, pasaron a rezar ante sus restos en la capilla ardiente, instalada en la Facultad de Medicina, y acudieron al entierro, que tuvo lugar el día 30. El prelado del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Javier Echevarría, se desplazó desde Roma para officiar el funeral en Pamplona, el 1 de mayo, en el Polideportivo Universitario, convertido en capilla, asistiendo varios miles de personas.

<sup>112</sup> Cfr. relación testimonial de Juan Jiménez Vargas, firmado en 1975 y 1976, AGP, serie A-5, leg. 220, carp. 2, exp. 5.

<sup>113</sup> Cfr. «Romana. Boletín de la Prelatura del Opus Dei» 13 (1997), pp. 154-155.

<sup>114</sup> Cfr. *ibid.*

## SEMBLANZA, A MODO DE EPÍLOGO

Juan Jiménez Vargas era de estatura media, más bien baja, de cuerpo enjuto, puro músculo y nervio. Con inteligencia aguda y lúcida, captaba pronto a las personas y las situaciones, e iba directamente al fondo de los temas, fueran científicos o humanos. De extremada sobriedad, estaba desprendido de las cosas materiales, era parco y frugal en las comidas, sin añorar nada especial, sin concesiones al gusto. Muy trabajador, no perdía un minuto, no cedía al cansancio, a la comodidad; no sabía de horarios de trabajo, ni de fines de semana. Acudía al trabajo en tranvía, en autobús o caminando y solía ser el primero en llegar y el último en salir del laboratorio; y se llevaba a casa libros y revistas científicas, material para leer, escribir, o corregir. Amaba el ejercicio físico duro, hacer gimnasia, subir en los días festivos a montes próximos incluso con mal tiempo, para descender enseguida, sin detenerse en lo alto para el descanso o la contemplación estética.

Tenía una rica y singular personalidad. Era hombre de temple, de una pieza, responsable, con gran sentido del deber, exigente y duro consigo mismo. Luchador infatigable a favor de lo que entendía justo y noble. No conocía el desánimo, sino que persistía tenaz hasta superar cualquier dificultad. Reaccionaba con viveza, con un fondo de buen humor y a veces con claro casticismo madrileño.

Su trato era sencillo, llano; no adoptaba actitudes defensivas ni distanciamientos autoritarios. Era hombre de frases cortadas y gestos claros y expresivos, de abundantes hechos y pocas palabras: si bastaban dos, no decía tres. No le gustaban la cortesía postiza, los signos externos de afecto si de meras apariencias se trataba. En una primera impresión, quien no le conocía de cerca podía calificarle de adusto, pero eso desaparecía en cuanto se le trataba, al captar su actitud receptiva, su gran corazón, su disposición de servicio. No se le escapaba una frase que pudiera ser hiriente.

Aunque hombre paciente, le resultaban cargantes las explicaciones reiterativas y los circunloquios. Le ganaba la sencillez, el hablar sin rodeos. Y le ponía de mal cuerpo el disimulo, la doblez, la afectación o la petulancia. En cambio, se rendía ante el reconocimiento de errores personales. Por su parte, era auténtico, rectilíneo, iba con la verdad por delante. Cuando debía decir algo menos agradable a una persona, extremaba la delicadeza y el afecto, pero lo decía con claridad.

Totalmente desinteresado, no buscaba nada para él, y a todos ayudaba sin esperar contrapartida. Formaba discípulos, y comprendía que alguno se separara de su equipo para volar por cuenta propia. Al dejar Barcelona tuvo que desprenderse de sus colaboradores y medios de trabajo, que con tanto esfuerzo había logrado reunir, para recomenzar en Pamplona sin nada; y dejó en otras manos la

revista de Fisiología que había fundado. Como decano en Pamplona, procuraba dotaciones para otros departamentos antes que mejorar el suyo. Quiso quedarse en el pequeño pabellón inicial en el que había empezado, para que otros profesores trabajaran en mejores y más modernas instalaciones. En la universidad, aceptó las responsabilidades que se le encomendaron y puso en todo iniciativa y espíritu de servicio, aunque prefería pasar inadvertido. Su interés era que los demás trabajaran contentos y que la Facultad y la Universidad de Navarra salieran adelante y fueran la realidad viva con que soñaba el fundador del Opus Dei.

Tampoco daba importancia a sus valiosas contribuciones a la Fisiología, ni se prestaba a aparecer en los medios de comunicación. Era bien conocido su rechazo a cualquier género de alabanza por su labor científica, sus éxitos profesionales o sus nombramientos; si alguien lo intentaba, su gesto y su mirada le cortaban en seco, y desviaba la conversación hacia un experimento en marcha, el trabajo pendiente o cualquier otro tema. No hubo forma de que admitiera la celebración de sus veinticinco o cincuenta años de cátedra, ni de que se le rindiera homenaje al jubilarse. Hubo que esperar a su fallecimiento para organizar un acto académico en su memoria. Únicamente, ya en 1990, acudió a recibir la medalla de oro de la Universidad de Navarra, que por sus excepcionales méritos le había otorgado el entonces gran canciller, Álvaro del Portillo.

En toda su actividad en la Universidad de Navarra, trató de ser uno más, y secundó siempre a las autoridades académicas superiores sin hacer valer ante éstas su acreditada y larga experiencia de universitario ni su condición de buen conocedor del espíritu y fines que Escrivá de Balaguer quería para la universidad. Admiraba sinceramente las cualidades de los demás. Esa humildad nada tenía que ver con el apocamiento, no afectaba a su coraje y combatividad a la hora de sacar adelante las cosas, de abrir camino a sus discípulos en su carrera profesional, de actuar con valentía en defensa de la verdad y la justicia en favor de los demás.

Había conseguido esa unidad de vida del cristiano coherente con su fe de la que hablaba el fundador del Opus Dei, en la que se funde la vida de piedad con el ejercicio del trabajo profesional y el deseo de acercar a las personas a Dios.

Todas esas cualidades personales quedaban patentes en el ejercicio de su función de magisterio como profesor universitario, en su extensa actividad docente y de investigación fisiológica, y en la formación de sus colaboradores y discípulos. En la docencia se esforzaba por preparar bien las clases para enseñar una fisiología actualizada, viva y rigurosa. Huía, en sus explicaciones, de dar la impresión de que todo estuviera claro y resuelto; enfrentaba al estudiante ante unas realidades biológicas, siempre complejas. Como dejó escrito

uno de sus alumnos, su enseñanza verbal era más bien difícil, nada simple; pero «Don Juan terminó por hacerme disfrutar la Fisiología; más aún, me cautivó con ella»; y explicaba:

Exigía tiempo para el discípulo encontrar las claves de su pensamiento. Él, como buen investigador, quería transmitir, además, la inseguridad del conocimiento, algo que el estudiante rechaza; la tortuosidad con que la ciencia avanza; la gran extensión de la ignorancia sobre muchos aspectos. Rechazaba la simplificación [...]. El intercambio verbal debía ser más sincero, más vivo y, por ende, más inseguro<sup>115</sup>.

Daba a las clases prácticas en el laboratorio mayor relieve de lo que era habitual entonces en muchas facultades españolas de Medicina. Gustaba invitar a los alumnos, al menos a los más interesados, a acudir a su laboratorio de investigación, donde les explicaba lo que se estaba haciendo, las técnicas utilizadas, el significado de los registros gráficos. En Pamplona, acercaba a los alumnos a que vieran las exploraciones funcionales con los equipos hospitalarios<sup>116</sup>.

Tenía fama de exigente tanto en la Facultad de Barcelona como en la de Navarra. Pedía rigor en los conceptos y precisión en los términos. Le desagradaba la indolencia y la superficialidad, la respuesta dada para salir del paso, porque buscaba que sus alumnos no cayeran en la mediocridad, sino que pusieran empeño en ser buenos profesionales, responsables, con amor al trabajo bien hecho, capaces de servir con eficacia a los pacientes<sup>117</sup>.

Por otro lado, para Jiménez Vargas no era concebible que el profesor universitario, al tiempo que ofrecía una enseñanza de calidad, no realizara una tarea de rigurosa investigación científica. En consecuencia, la investigación fue en su vida un objetivo permanente, que inculcaba en sus colaboradores y entre sus colegas de otras disciplinas. En su casi medio siglo de profesor, dirigió medio centenar de tesis doctorales, presentó numerosas comunicaciones científicas en congresos nacionales e internacionales y publicó más de ciento cincuenta artículos de investigación experimental. Y tanto en la inmediata postguerra en Madrid, como en sus primeros años al llegar a Barcelona, o al trasladarse más tarde a Pamplona, hubo de trabajar con extremada escasez de medios materiales, carencias que superaba

<sup>115</sup> Jesús FLÓREZ BOLEDO, *Acto académico*, pp. 24-25. Esta publicación recoge varias aportaciones que ilustran distintos aspectos de su vida académica.

<sup>116</sup> Cfr. «Revista española de Fisiología» 45, Suplemento (1989), pp. VII-XIV.

<sup>117</sup> Cfr. BALCELLS, *Memòria*, p. 151.

con agudeza de ingenio. Por eso se rebelaba si alguno se excusaba de investigar alegando falta de medios<sup>118</sup>.

Sus primeras investigaciones en Madrid fueron sobre acciones fisiológicas de algunas vitaminas. En Barcelona, aunque continuó con trabajos bioquímicos, se interesó progresivamente por el sistema nervioso central y la regulación nerviosa de las funciones vegetativas. En 1944 publicó sus primeros trabajos, pioneros en España, sobre la actividad eléctrica cerebral con registros electroencefalográficos, temática que nunca abandonó. Otros estudios fueron sobre la regulación vasomotora, la respiratoria y el control de la micción. En 1948 vieron la luz resultados sobre el calibre bronquial, con introducción de un nuevo método para medirlo, punto de partida de una fecunda línea de investigación de los reflejos respiratorios y de la fisiología pulmonar, que continuaría hasta 1987. Como escribió uno de sus discípulos, especialista en ese campo: «Sin temor a exagerar se puede afirmar que el profesor Jiménez Vargas ha sido uno de los investigadores que más aportaciones relevantes ha realizado al conocimiento de los reflejos respiratorios que tienen su origen en las vías altas»<sup>119</sup>. En esa línea, ya en Pamplona, publicó estudios sobre el reflejo de la tos, que modificaron su explicación clásica, y describió asimismo cambios en los mecanismos de la regulación respiratoria durante el vómito, que fueron recogidos en los tratados más prestigiosos de la época y fueron de obligada referencia<sup>120</sup>.

En otra dirección, siguió investigando en colaboración con Javier Teijeira sobre la actividad eléctrica cerebral y su interés clínico, y diseñó un modelo experimental para el diagnóstico de situaciones de coma y de muerte cerebral, de aplicación para el transplante de órganos. Reveló por vez primera la reversibilidad del coma etílico aun en situación de electroplano y de ausencia de potenciales evocados por estímulos visuales. La bibliografía especializada se hizo también eco de sus trabajos sobre los mecanismos nerviosos centrales que intervienen en la ovulación y en la función reproductora<sup>121</sup>.

Además de las publicaciones de investigación experimental, Jiménez Vargas fue autor de más de una docena de libros. Entre los que alcanzaron mayor difusión se encuentran la *Físicoquímica Fisiológica* (con José M. Macarulla), *Aborto y contraceptivos* (con Guillermo López García), *Neurofisiología Psicológica Fundamental* (con Aquilino Polaino), y *Personalidad y cerebro*. Fueron numerosos sus

<sup>118</sup> Cfr. «Revista española de Fisiología» 45, Suplemento (1989), pp. VII-XIV.

<sup>119</sup> GONZÁLEZ BARÓN, *Acto académico*, p. 34.

<sup>120</sup> Cfr. John G. WIDDICOMBE, *Respiratory reflexes, Handbook of Physiology*, Sect. 3, *Respiration*, Vol. 1, (1964), Chapt. 24, pp. 610 y 615.

<sup>121</sup> Cfr. «Revista española de Fisiología» 45, Suplemento (1989), pp. VII-XIV.

artículos en revistas médicas o culturales sobre temas fisiológicos, médicos, de ética médica y de educación médica<sup>122</sup>.

En toda su extensa obra escrita se reflejan la profundidad de sus conocimientos fisiológicos, el rigor científico, y un uso preciso y rico de la lengua española, con estilo literario sobrio, conciso. En sus artículos de investigación expone los resultados con objetividad, depurados por aguda crítica, con clara distinción entre el hecho comprobado, su interpretación y la hipótesis sugerida. La argumentación responde a una lógica rigurosa. Evita la elucubración sin suficiente base. Sus publicaciones son ejemplo de literatura científica<sup>123</sup>.

Jiménez Vargas enseñaba la ciencia, pero enseñaba también para la vida. En sus clases buscaba la verdad, antes que la brillantez; la exigencia, en lugar de la errónea benevolencia que no forma en el esfuerzo ni prepara para el futuro. Al hilo de sus explicaciones, y sobre todo con su ejemplo, ensalzaba los valores y virtudes humanas, el amor a la justicia, a la libertad propia y ajena, al trabajo bien hecho, la rectitud, el respeto y espíritu de servicio a los compañeros y a la sociedad. Mostraba que de ese modo se encontraba una felicidad más cierta que con las miras egoístas que ambicionan el aplauso ajeno, el dominio, el mero bienestar personal. Experto en neurofisiología y psicofisiología hacía ver que el hombre, junto a tantos aspectos comunes con los animales superiores, presenta cualidades singulares no explicables con la sola materia, que reclaman la presencia del espíritu<sup>124</sup>.

Intensa era su función de magisterio con sus doctorandos y discípulos, a cuya formación científica y humana se entregaba con gran generosidad. Les orientaba para conseguir becas u otras ayudas necesarias, les ofrecía los temas de investigación y la bibliografía inicial, les mostraba las técnicas de trabajo, discutía sus resultados, infundía rigor crítico y razonamiento lógico en la interpretación de los datos. Sus comentarios, escuetos pero certeros, permitían reconducir una situación inesperada<sup>125</sup>. Levantaba el ánimo, abría camino cuando no se sabía por dónde seguir, deslizaba sugerencias luminosas. Enseñaba a redactar las tesis doctorales y los artículos científicos, que revisaba y corregía personalmente. «No sólo decía lo que había que hacer: Ayudaba a hacerlo. Si había que terminar una tesis, se quedaba ayudando hasta las tantas [...]. Su conducta despertaba en cada uno de nosotros el sentido moral del esfuerzo, de la responsabilidad [...]. Hacía infinitamente más que hablaba»<sup>126</sup>.

<sup>122</sup> Cfr. *ibid.*

<sup>123</sup> Cfr. *ibid.*

<sup>124</sup> Cfr. *ibid.*

<sup>125</sup> Cfr. GONZÁLEZ BARÓN, *Acto académico*, p. 31.

<sup>126</sup> HERRANZ RODRÍGUEZ, *Acto académico*, p. 43.

En su larga etapa de profesor universitario fueron muchos los discípulos que se beneficiaron de su magisterio, en los que dejó la indeleble impronta de sus enseñanzas científicas, humanas y cristianas. Unos alcanzaron cátedras universitarias, otros ocuparon posiciones relevantes en centros de investigación<sup>127</sup>. Con motivo del setenta y cinco aniversario de su nacimiento, la *Revista Española de Fisiología* publicó un volumen en su honor, en el que gran número de antiguos alumnos, discípulos y colaboradores agradecidos le dedicaron artículos de investigación<sup>128</sup>.

Francisco Ponz. Doctor en Ciencias Naturales por la Universidad de Madrid (1942). Catedrático de Fisiología animal de las Universidades de Barcelona (1944-1966) y de Navarra (1966-1997). Consejero de número del CSIC (1962). Académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona (1964). Rector, vicerrector y profesor honorario de la Universidad de Navarra. Gran Cruz de Alfonso X el Sabio (1968). Director del *Journal of Physiology and Biochemistry* hasta 2009. Autor de numerosos libros y artículos en revistas científicas.  
e-mail: fponz@unav.es

Onésimo Díaz. Doctor en Historia por la Universidad del País Vasco (1995). Investigador y profesor en la Universidad de Navarra (1998-2008). Premio de Ensayo Leizaola sobre materias autonómicas (1994). Entre sus libros recientes se cuentan *Rafael Calvo y la revista Arbor* (2008), *Rafael Calvo y la búsqueda de la libertad* (2010), un ensayo sobre *Historia de Europa en el siglo XX* (2008) y otro sobre *Historia de España en el siglo XX* (2010). Miembro del comité editorial de *Studia et Documenta*.  
e-mail: onesimodiaz@gmail.com

<sup>127</sup> Uno de los autores (Francisco Ponz) realizó la tesis doctoral en Madrid bajo su guía en 1941 y 1942 y fue acogido en su laboratorio en Barcelona en unos meses de 1943 y en el curso 1944-45. En Barcelona se formaron y colaboraron con él, entre otros, R. Barraquer-Ferré, D. Jurado, J. Larralde Berrio, J. Monche Escubós, R. Sánchez Calvo, A. Sols García, S. Vidal Sivilla. Y en la Universidad de Navarra, M. A. Carreira Monteiro, M. Asirón, A. Balagué, E. Díaz Calavia, R. Fernández del Moral, S. Fernández González, J. Flórez, C. Gómez Lavín, S. González Barón, F. Hernández, J. L. Velayos, G. López García, J. Marco, M. Martínez Lage, J. Miranda, A. Mouriz, M. S. David Milner, S. Santidrián, J. Sarria, J. Teijeira, A. Tosar, J. Voltas.

<sup>128</sup> Cfr. «Revista española de Fisiología» 45, Suplemento (1989).